



El estudio estaba dotado de esa belleza misteriosa de que goza el entorno de algunos escritores

*Actualidad de un gran escritor*

## Mi amistad con Fernández Flórez

*Victoria Armesto*

Una conferencia para la asociación de «Amas de casa» de La Coruña, me llevó a recordar a Fernández Flórez y las relaciones amistosas que sostuvimos durante largos años.

Olvidado (injustamente) en los últimos tiempos, la figura de Wenceslao Fernández Flórez cobra hoy popularidad debido al estreno de la película «El bosque animado».

Uno de estos días también estará en las librerías la biografía de Fernández Flórez escrita por Carlos Fernández y, que fue premiada en concurso por la Diputación de La Coruña.

Carlos Fernández, que analiza detenidamente y con rigor tanto la vida como la obra del escritor, no habla de estas relaciones amistosas, porque a mí nunca se me ocurrió recordarlas en su presencia y sólo hablé de ellas en un largo artículo, publicado después de la muerte del escritor, que Carlos Fernández vino a descubrir tarde, una vez que su libro estaba ya en imprenta.

Como soy persona desdichadamente desordenada e incapaz de mantener un diario, y cuando lo mantengo lo extravió inmediatamente, me resulta imposible precisar cuándo conocí a Wenceslao Fernández Flórez.

Sin embargo, me parece que nuestro primer encuentro se produce alrededor de 1946. Así, pues, yo tenía unos 20 años y era estudiante en un curso de periodismo acelerado, en la vieja escuela oficial de Madrid.

Las muchachas que tuvieron veinte años entre 1945 y 1950 serían (seremos), vistas desde la actual perspectiva, extrañas como seres pertenecientes a otras galaxias.

Sobre todo, las chicas de las burguesías y clases medias de aquella época se nos antojan como elementos de una especie desconocida y desde luego llamada a extinguir como ocurrió con los dinosaurios prehistóricos.

Es tan grande el cambio de las costumbres, tan dramática la entrada en otro siglo, porque ya en realidad estamos viviendo en el año 2000, que los que fuimos niños en la guerra y jóvenes en la postguerra constituimos una gene-

ración insólita, más unida al siglo 19 que al 20.

Muchos de los valores que constituían nuestro equipaje espiritual han desaparecido, barridos por la crueldad de la revolución tecnológica.

Dentro de la Escuela Oficial de Periodismo que dirigía Juan Aparicio recibíamos las clases impartidas por periodistas muy competentes, como Pedro Gómez Aparicio, buenos profesionales pero que espiritualmente se insertaban en el franquismo sociológico, en el cual, por otra parte, todos estábamos inmersos.

En la Escuela de Periodismo nos hablaban tanto y con tanta pesadez de don Marcelino Menéndez y Pelayo y de don Ramiro de Maeztu, que me juré no leerlos en mi vida. Promesa que, por suerte y para mi provecho, no he cumplido.

Instintivamente yo me rebelaba contra el ambiente y advertía la crueldad de una ruptura producida por la guerra.

En espíritu, siendo yo una criatura formada en la España nacionalista, me acercaba a los republicanos vencidos, por los que sentía una veneración rayana en la idolatría. Como sucede frecuentemente en gente joven, consideraba que todo lo que fuera izquierdas era excelso y todo lo que sonara a derechas, sencillamente repugnante.

En esta tendencia hacia la izquierda se mantuvo tanto mi generación como las siguientes. Yo creo que el amor a la izquierda la juventud sólo lo pierde cuando esta izquierda se instala en el poder. Entonces es cuando se rompe el ídolo y muchas veces la juventud, rebelde frente a lo establecido, busca su modelo de conducta en la derecha. Observamos hoy este fenómeno en amplias capas de los universitarios españoles. El péndulo siempre oscila entre los extremos y hallar el centro viene a ser obra de la reflexión, de la experiencia y de la edad.

Así, yo no admiraba en general a la gente de derechas y tampoco, me avergüenza confesarlo, a la gente oficialmente virtuosa. Hasta llegué a decir

que me divertiría más estar en el purgatorio con pecadores interesantes, que pasarme en el aburrimiento celestial con santos tan poco estimulantes como aquellos ilustres varones que presidían las obras pías coruñesas.

Hacia, empero, una excepción con Wenceslao Fernández Flórez, que, pese a ser de derechas, me parecía fascinante.

La primera novela que yo había leído de Wenceslao Fernández Flórez fue «Volvoreta», que me encantó. Se trata de un relato enormemente coruñés y que de algún modo viene a insertarse en un modelo ya conocido.

Como es sabido, «Volvoreta» tiene el mismo argumento que «Morriña», de la Pardo Bazán. En ambas, juega el amor con el entonces insalvable escollo de las diferencias sociales.

Es siempre la joven y hermosa sirvienta, que en la obra de doña Emilia lleva el nombre simbólico de «Esclavitud» y que es llamada por su joven amante «Suriña» (paloma).

Fernández Flórez impone a su protagonista un nombre hoy en desuso, Federica, y el bello apelativo de «Volvoreta», o mariposa.

Semejantes las dos criadas víctimas de la desdichada historia de amor, semejantes los dos estudiantes enamorados, Sergio y Rogelio, es idéntica en ambas novelas la repulsa social encarnada en dos señoras, doña Aurora y doña Rosa, muy antipáticas ambas, que en «Morriña» conducen hacia el suicidio a la triste Esclavitud y, en el caso de «Volvoreta», la empujan hacia un final no muy feliz, aunque sí más propio de la libertad que se encarna en el nombre.

Es sabido que doña Emilia, acaso halagada por haber servido de fuente de inspiración del joven novelista coruñés, formaba parte del jurado del Círculo de Bellas Artes madrileño que otorgó a Wenceslao Fernández Flórez el galardón literario del año.

Una segunda novela de Wenceslao que me impresionó mucho fue «El malvado Carabel», luego me chocaron «Las siete columnas», que para mí es un li-

bro casi demoledor, ya que su tesis parece indicar que el progreso o desarrollo se fundamenta más en el pecado que en la virtud y que los grandes vicios capitales son fundamento o columna del orden social.

— ★ —

En 1946 yo no conocía a uno de los escritores que más han revolucionado mi mente, el portugués Eça de Queiroz pero, a través de la prosa de Wenceslao, que fue su discípulo y traductor, vine a entrar en contacto con la ironía del famoso portugués.

Y esta ironía sencillamente me deslumbró.

Aun manteniendo la gran admiración hacia figuras colosales de la literatura, como Galdós, como doña Emilia, como Clarín, o la generación del 98, mi preferencia suele orientarse hacia quienes manejan sutilmente el don incomparable de la ironía.

En la prosa de Wenceslao brilla esta cualidad matizada por su profundo escepticismo, pues yo creo que creía en pocas cosas y que ponía la mayoría de los valores establecidos en tela de juicio.

### La primera visita

Me visualizo ahora caminando por los bulevares de Alberto Aguilera para realizar mi primera visita a Wenceslao Fernández Flórez. Yo era entonces una joven grande, de formas un tanto ampulosas, excesivas seguramente para el gusto actual, pero que entonces, dado que salíamos de las penurias de la guerra y todavía no se habían esfumado las memorias de «racionamiento» a quienes habíamos salido tan esplendorosas (quizá por bondad de aquellas simpáticas señoras del estraperlo) nos miraban con una cierta admiración. Nos miraban casi con envidia.

Hasta los piropos —«chica, estás para comerte»— parecían reflejar el hambre ancestral del pueblo español. La joven aturdida y confusa se sentía como un bien masticable, como una manzana, como un pastel.

En el año 1946 no habían cometido aún el increíble disparate de cargarse el precioso bulevar que, con sus no menos bellos árboles, corría por el centro de Alberto Aguilera. Hoy, aquello, es una carretera, como la M-30. Entonces había bancos, niñeras, niños jugando, señores viejos que leían el «ABC» o el «Ya».

Yo iba mirando las casas anticuadas hasta encontrar el número 12 y allí me detuve asustada. Quería hacerle una entrevista a Wenceslao Fernández Flórez y me acobardaba ante la tarea. Caminé de largo y pasé la casa, que tenía esos característicos ventanales acristalados de Madrid y volví otra vez y ya, tomando acopio de valor, le pregunté a una portera:

—¿Don Wenceslao Fernández Flórez?

Contestó que vivía en el quinto. Había ascensor pero, para ganar tiempo, subí a pie.

Apreté tímidamente el timbre y no hubo respuesta. Volví a apretar con mayor contundencia. Salió entonces una joven doncella bien uniformada, que me dijo:

—Pase, el señorito Wenceslao la espera.

Wenceslao vivía con su madre, doña Florentina Flórez Núñez, que era una señora reservada, con facciones parecidas a las de su hijo y que casi llegó a centenaria. Con el escritor vivían también otros hermanos, igualmente solteros.

Se trataba de un hogar clásico de la clase media española, con cocinera y doncella, salón comedor, alcobas unidas o anexionadas a otras piezas. Puede que la casa en general no tuviera mucha personalidad y la que luego hicieron en Cecebre no tenía ninguna, pero el estudio de Wenceslao estaba dotado de esa belleza misteriosa de que goza el entorno de algunos escritores.

Marino Gómez Santos dijo que su estudio parecía el de un coronel retirado y que había algo de confesionario en los anaqueles envitrinados.

Pero yo, sin embargo, pienso que el estudio de Wenceslao no guardaba relación con el que pudiera tener un militar de alta graduación. Era un ambiente intelectual muy personal, con muchos libros, papeles en desorden, infinidad de fotografías (recuerdo una dedicada de doña Emilia). Unas cortinas de damasco separaban la pieza donde el escritor trabajaba, de la alcoba.

Wenceslao, que estaba escribiendo, se levantó al verme y, siguiendo los



Era un personaje un poco fuera de tiempo

usos de la época, me llamó «señorita» y me trató de «usted». Luego, en sucesivas entrevistas llegamos a tutearnos y a mantener una relación muy amistosa, muy cordial.

El escritor era enormemente tímido y yo todavía más tímida que él. Me embarazó ver que él era tan pequeño y yo,

tan alta y tan grande. Me embarazó también observar que me contemplaba con una admiración beata, que siempre mantuvo a lo largo de los años y que luego reflejó en las expresivas dedicatorias de sus libros.

Era mi ferviente deseo lograr que el famoso escritor me considerara como

una meritoria y, con vías de futuro, brillante periodista. No sabía yo que Wenceslao no admiraba en absoluto a los periodistas. Su admiración, caso de sentirla por alguien, se encarrilaría en dirección a las gentes fuertes y sólidamente instaladas, digamos un banquero, un abogado del Estado, un ingeniero de Caminos, una actriz puntera, como podría ser Amparito Rivelles, una cantante de fados, como Amalia Rodrigues, a la que Wenceslao profesaba gran afecto, llegándose incluso a decir que llegó a estar enamorado de ella.

El espanto que parecía inspirarle el hecho de que me dedicara a una profesión para él tan poco estimable, me hizo batirme en retirada y afirmar que sólo ejercía el oficio de reportera por «sport». Esto pareció tranquilizarle y me invitó a sentarme, aposentándonos ambos en butacones muy grandes, de terciopelo y caoba.

Wenceslao tenía la coquetería de ocultar su edad y antes revelaría la mayor de sus debilidades que esclarecer el enigma de su nacimiento en La Coruña.

Era curiosa aquella fobia, aquel espanto de que los conocidos o los admiradores conocieran qué edad tenía. ¡Y qué empeño más baldío!

A consecuencia del secreto, todo el mundo le echaba más años de los que tenía.

Cuando yo le conocí, pensé que tenía ya 70, cuando, si es cierto que nació el 11 de febrero de 1885, sólo tenía 64 años.

En realidad, no parecía ni viejo ni joven. Había en su persona un marcado carácter mefistotélico y una pronunciada sensación de intemporalidad.

Era un personaje un poco fuera de tiempo. Su acusado perfil hacía las delicias de los caricaturistas y él mismo aprendió a dibujarse burlesco a sí mismo. Un día en que estubo almorzando en nuestra casa de Almeiras, en vez de firmar en el libro de visitantes dejó impreso su famoso perfil.

De modo que ya por su físico se le conocía. Algunas veces, cuando Wenceslao me invitaba a tomar un café en el «hall» del «Palace», observé cómo la gente se volvía a su paso, y cuchicheaba:

«Es Wenceslao Fernández Flórez». En ocasiones, personas desconocidas se le acercaban y le decían que cuánto les había gustado tal o cual artículo. En aquella época estaba escribiendo aquellas crónicas de fútbol que llegaron a gozar de tanta popularidad como en su momento las «Acotaciones de un oyente». O narraciones irónicas de las sesiones parlamentarias en las Cortes de la República.



## LO MEJOR DE NUESTRA LENGUA ESTA PUBLICADO EN LAS HOJAS DE LA VOZ DE GALICIA

*Rosalía vuelve a enseñarnos lo mejor de nuestra lengua, a través de la pluma y los comentarios que cada semana ha publicado el profesor Constantino García en LA VOZ DE GALICIA.*

*Un trabajo completísimo, indispensable para hablar, conocer y escribir correctamente el gallego, que ahora le ofrece la BIBLIOTECA GALLEGA dentro de su colección Serie Nova.*



**BIBLIOTECA GALLEGA**

Serie **NOVA**

Biblioteca Gallega de «La Voz de Galicia», S.A.  
Concepción Arenal, 11-13. La Coruña. España